

EL RUFIÁN DICHOSO

AUTOR

Miguel de Cervantes

VERSIÓN

José Padilla

DIRECTORES

Rodrigo Arribas / Verónica Clausich

DRAMATIS PERSONAE

LUGO, ESTUDIANTE. Nicolás Illoro

LAGARTIJA. Pablo Vázquez

TELLO DE SANDOVAL, INQUISIDOR, AMO DE LUGO / CORCHETE 2 / CIUDADANO 2 / LUZBEL. Javier Collado

MARÍA DE SANDOVAL, MUJER DE TELLO DE SANDOVAL / CIUDADANA 3 / VISIEL. Alejandra Mayo

ANA DE TREVIÑO / LOBILLA / CIUDADANA. Montse Díez

ALGUACIL / PRIOR DEL MONASTERIO DE MÉXICO / CIUDADANO 1 / LUCIFER. Julio Hidalgo

GANCHOSO / SASTRE / FRAILE / CORCHETE 3 / CIUDADANO 4. José Juan Sevilla

ANTONIA / MÚSICA / CIUDADANA 5. Raquel Nogueira

MÉDICO / MÚSICO / CORCHETE 1 / CIUDADANO 6. Raúl Pulido

ACTO PRIMERO

PRELUDIO

Sale una actriz en primera planta de la escenografía, suavemente iluminada y canta, apoyada por el resto del reparto, distribuidos en los diferentes niveles de la escenografía, el siguiente texto:

Calla el que canta que aterra
oír hablar de la muerte,
que no hay tesoro de suerte
en tal espacio de tierra.
Muerte y vida me dan pena.
No sé qué remedio escoja.
Que si la vida me enoja,
tampoco la muerte es buena.
Con todo es mejor vivir,
que en los casos desiguales,
el mayor mal de los males,
se sabe que es el morir.
Muerte y vida me dan pena.
No sé qué remedio escoja.
Que si la vida me enoja,
tampoco la muerte es buena.

ESCENA 1

Irrumpen en el escenario LUGO y GANCHOSO peleando. Se proyecta sobre la escenografía el título: El Rufián Dichoso de Miguel de Cervantes. "Todo esto fue así". Se instala a continuación proyectada la textura de ubicación de "Calle del Compás".

Todas la texturas y proyecciones se realizan sobre dos gasas en la escenografía que la cubren en su totalidad, en altura y anchura.

LOBILLA: ¿Por qué fue la cuestión?

LUGO: No fue por nada
No se repita, si es que amigos somos.

GANCHOSO: Quiso Lugo empinarse sobre el hombre
Y, siendo rufo de primer tonsura,
asentarse en la cátedra de prima,
teniendo al hombre aquí por espantajo.

LUGO: Señores, poco a poco. Yo soy mozo
y mazo y tengo hígados y bofes
para dar en el trato de la hampa
quinao al más pintado de su escuela,

en la cual no recibe el grado alguno
de valeroso por haber gran tiempo
que cura en sus entradas y salidas
sino por las hazañas que ya hecho.
¿No tienen ya sabido que hay cofrades
de luz y otros de sangre?

LOBILLA: Aqueso pido

GANCHOSO: ¡Señora Loba! Si es que pide queso,
pídalos en otra parte, que en aquesta
no se da. Si no...

LOBILLA: ¡Ya, señor Ganchoso!
Quieta la lengua y téngase por cierto
que entiendo toda trampa y todo engaño.

GANCHOSO: ¿Pues nosotros nacimos en Guinea,
so Loba?

LOBILLA: No sé nada.

GANCHOSO: Pues apréndalo
con aquesta lección.

LUGO: ¡Fuera Lobilla!

GANCHOSO: Entrambos sois ovejas fanfarronas,
y gallinas mojadas y conejos.

LOBILLA: ¡Menos lengua y más manos, hideputa!

*Entran un ALGUACIL junto el CORCHETE 1 y el CORCHETE 2.
Huyen GANCHOSO y LOBILLA; queda solo LUGO, envainando.*

CORCHETE 1: ¡Téngase a la justicia!

CORCHETE 2: ¡Tente, pícaro!

LUGO: ¿Conócesme?

CORCHETE 1: ¡Sois Lugo!

LUGO: ¿Quién es Lugo?

ALGUACIL: Bellaco, ¿no le asís?

CORCHETE 1: Señor nuestro amo,
¿sabe lo que me manda?, ¿no conoce
al señor Cristóbal de Sandoval?

ALGUACIL: ¡Que siempre te he de hallar en estas danzas!
¡Por Dios, que es cosa recia. No hay paciencia
que lo pueda llevar!

LUGO: Llévelo en cólera,
que lo mismo da.

ALGUACIL: Ahora yo sé cierto
que ha de romper el diablo sus zapatos
alguna vez.

LUGO: Pues que los rompa a cientos;
que él sabrá comprar más donde quisiere.

ALGUACIL: El señor Sandoval tiene la culpa.

CORCHETE 2: ¿Tello de Sandoval es amo deste?

CORCHETE 1: Y manda en la ciudad y no hay justicia
que le ose tocar por su respeto.

LUGO: El señor alguacil haga su oficio
y déjese de cuentos y preámbulos.

ALGUACIL: ¡Qué mejor estuviera el señor Lugo
en su colegio y no en la barbacana,
el libro en mano y no el broquel en cinta!

LUGO: Sepa el alguacil que no le cuadra
ni un poco el predicar; deje ese oficio
a quien le toca y váyase deprisa.

ALGUACIL: Sin prisa nos iremos y agradézcalo
a su amo, que a fe de hijodalgo
que bien sé en que parará este negocio.

LUGO: En irse y en quedarme.

CORCHETE 1: Yo le creo,
porque es un Satanás este Cristóbal.

ALGUACIL: Recójase y procure no encontrarme
que será lo más sano.

LUGO: Aunque esté enfermo,
haré lo que fuese de mi gusto.

ALGUACIL: Vamos ya, corchete.

Éntranse ALGUACIL y CORCHETE 2.

CORCHETE 1: Mi señor Cristóbal,
¡no lo conocí! ¡Sí, juro por cierto!
Señor Cristóbal, yo ya me arrepiento;
De mí no ha de temer; soy ciego y mudo
para ver ni hablar cosa que toque
a la mínima suela de calcorro
que tapa y cubre la columna y base
que sustentan la máquina hampesca.

LUGO: ¿Qué es lo que bebiste, Calahorra?

CORCHETE 1: No sé; Dios con la noche me socorra.

Éntrase CORCHETE 1.

LUGO: Que solo me respeten por mi amo
y no por mí, no sé esta maravilla;
más yo haré que salga de mí un bramo
que pase de los muros de Sevilla.
Cuelgue mi padre de su puerta el ramo,
despoje de su gusto a Manzanilla;
conténtese en su humilde y bajo oficio
que yo seré famoso en mi ejercicio.

ESCENA 2

Entra en ese instante LAGARTIJA.

LAGARTIJA: Señor Cristóbal, ¿qué es esto?
¿Has reñido, por ventura,
que tienes turbado el gesto?

LUGO: Pónele de sepultura
el ánimo descompuesto.
La de ganchos saque a la luz
porque me hiciese el buz
un bravo por mí respeto,
más huyose de su aspecto
como el diablo de la cruz.

LAGARTIJA: ¿Pues quién?

LUGO: El señor Ganchoso.

LAGARTIJA: ¿Por qué tú en tal pendencia?
Mira bien, que el sor Ganchoso

traspasa cuerpos sañoso
de acero y dagas buidas.

LUGO: Antes que a mí me tresquilen,
habré quitado las vidas
de los que asirme imaginen
de la punta de un cabello.
¿Qué me quieres, Lagartija?

LAGARTIJA: La Salmerona y la Pava,
la Mendoza y la librija,
que cada cual por sí brava,
gananciosa y buena hija,
te suplican que esta tarde,
allá cuando el sol no arde
y hiere en rayo sencillo,
en el famoso Alamillo,
hagas de tu vista alarde.

LUGO: ¿Hay regodeo?

LAGARTIJA: Hay merienda.
Que las más famosas cenas
ante ella cogen la rienda:
cazuelas de berenjenas
serán penúltima ofrenda.
Hay el conejo empanado,
por mil partes traspasado
con saetas de tocino;
blanco el pan, aloque el vino,
y hay turrón alicantado.

LUGO: ¡Lagartija, bien lo pintas!

LAGARTIJA: Pues llevan otras mil cosas
de comer, varias, distintas,
que a voluntades golosas
las harán poner en quintas.

LUGO: ¿Qué es en quintas?

LAGARTIJA: En división,
llevándose la afición
aquí y allí y acullá:
que la variedad hará
no atinar con la razón.

LUGO: ¿Y quién va con ellas?

LAGARTIJA: ¿Quién?
El Patojo, y el Mochuelo,
y el Tuerto del Almadén.

LUGO: Que ha de haber soplo recelo.

LAGARTIJA: Ve tú, y se hará todo bien.

LUGO: Quizá, por tu gusto iré;
que tienes un no sé qué
de agudeza, que me encanta.

LAGARTIJA: Mi boca pongo en la planta
de tu valeroso pie.

LUGO: ¡Alza, rapaz lisonjero,
indigno del vil oficio
que tienes!

LAGARTIJA: Pues dél espero
salir presto a otro ejercicio
que muestre ser perulero.

LUGO: ¡Mucho sabes! ¿Qué papel
es el que traes en el pecho?

LAGARTIJA: ¿Descúbreseme algo dél?
Todo el seso sin provecho
de Apolo se encierra en él.
Es un romance jácaro,
que le igualo y le comparo
al mejor que se ha compuesto;
echa de la hampa el resto
en estilo jaco y raro.
Tiene vocablos modernos,
de tal manera que encantan;
unos bravos, y otros tiernos;
ya a los cielos se levantan,
ya bajan a los infiernos.

LUGO: Di, pues.

LAGARTIJA: Lo sé como un loro;
que ninguna cosa ignoro
de aquesta que a luz se saque.

LUGO: ¿Y de qué trata?

LAGARTIJA: De un jaque
que se tomó con un toro.

LUGO: Vaya, Lagartija.

LAGARTIJA: Vaya,
y todo el mundo esté atento
a mirar cómo se ensaya
a pasar mi entendimiento
del que más sube la raya.
Año de mil y quinientos
y treinta y cuatro corría,
a veinte y cinco de mayo,
martes, aciago día,
sucedió un caso notable
en la ciudad de Sevilla,
digno que ciegos le canten,
y que poetas le escriban.
Del gran corral de los Olmos,
do está la jacarandina,
sale Reguilete, el jaque,
vestido a las maravillas.
No va la vuelta del Cairo,
del Catay ni de la China,
ni de Flandes, ni Alemania,
ni menos de Lombardía:
va la vuelta de la plaza
de San Francisco bendita,
que corren toros en ella
por Santa Justa y Rufina;
y, apenas entró en la plaza,
cuando se lleva la vista
tras sí de todos los ojos,
que su buen donaire miran.
Salió en esto un toro hosco,
¡válasme, Santa María!,
y, arremetiendo con él,
dio con él patas arriba.
Dejóle muerto y mohínio,
bañado en su sangre misma;
y aquí da fin el romance
porque llegó el de su vida.

LUGO: ¿Y este es el romance bravo
que decías?

LAGARTIJA: Su llaneza
y su buen decir alabo;
y más, que muestra agudeza
en llegar tan presto al cabo.

LUGO: ¿Quién le compuso?

LAGARTIJA: Tristán,
que gobierna en San Román
la bendita sacristía,
que excede en la poesía
a Garcilaso y Boscán.

Se va LUGO.

Mas detente, ¿dónde vas?
¡Aun no he acabado todo!
¡Quedas satisfecho en parte!
¡Faltan versos! No hay modo.
Lugo marcha, en fin, me mudo.

ESCENA 3

Tras la transición musical donde se instala la textura y título de “Casa de Villanueva”, LUGO y ANTONIA, bajando las escaleras internas, aparecen en la segunda planta, iluminados tras la gasa de la escenografía, LUGO perseguido por ANTONIA.

ANTONIA: Sabed, Lugo, que os adoro.
No fea, y muy rica soy;
sabré dar, sabré querer,
y esto lo echaréis de ver
por este trance en que estoy;
que la mujer ya rendida,
aunque es toda mezquindad,
muestra liberalidad
con el dueño de su vida.
En la tuyu o en mi casa,
de mí y de mi hacienda puedes
prometerme, no mercedes,
sino servicios sin tasa;
y, pues miedo no te alcanza,
no te le dé mi marido.

LUGO: Es alguacil.

ANTONIA: Siempre he sido
completa en su confianza.
No llegan de los recelos,
porque los tiene discretos,
a hacer los tristes efectos
que suelen hacer los celos;
y, porque nunca ocasión
de tenerlos yo le he dado,
le juzgo por engañado

a nuestra satisfacción.
¿Para qué arrugas la frente
y alzas las cejas? ¿Qué es esto?

LUGO: En admiración me ha puesto
tu deseo impertinente.

Pudieras, ya que querías
satisfacer tu mal gusto,
buscar un sujeto al gusto
de tus grandes bizarriñas;
pudieras, como entre peras,
escoger en la ciudad
quien diera a tu voluntad
satisfacción con más veras;
y así, tuviera disculpa
con la alteza del empleo
tu mal nacido deseo,
que en mi bajenza te culpa.

Yo soy un pobre criado
de un inquisidor, cual sabes,
de caudal, que está sin llaves,
entre libros abreviado;

Ocúpome en bajas cosas,
y en todas soy tan terrible,
que el acudir no es posible
a las que son amorosas:

a lo menos, a las altas,
como en las que en ti señalias;
que son de cuervo mis alas.

ANTONIA: No te pintes con más faltas,
a causa de que en mis carnes
te tiene amor retratado
del modo que tú has contado,
pero con más de donaire.

No pido hagas quimeras
de ti mismo; solo pido,
deseo bien comedido,
que, pues te quiero, me quieras.

Entra el ALGUACIL por la planta de debajo de la escenografía.

Pero, ¡ay de mí, desdichada!
¡Mi marido! ¿Qué haré?
Tiemblo y temo, aunque bien sé
que por ti estoy bien guardada.

LUGO: Sosegaos, no os desviéis,
que no os ha de descubrir.

- ANTONIA: Aunque me quisiera ir,
no puedo mover los pies.
- ALGUACIL: Señor Lugo, ¿qué hay de nuevo?
- LUGO: Cierta cosa que contaros,
que me obligaba a buscaros.
- ANTONIA: [Aparte]
(Irme quiero, y no me atrevo.)
- ALGUACIL: Aquí me tenéis; mirad
lo que tenéis que decirme.
- ANTONIA: [Aparte]
(Harto mejor fuera irme.)
- LUGO: Llegaos aquí y escuchad.
La hermosura que dar quiso
el cielo a vuestra mujer...
- ALGUACIL: ¿Mi mujer? Mirad qué hacéis.
Aquí paciencia no admito.
- LUGO: Ella ha encendido de manera
de un mancebo el corazón,
que le tiene hecho carbón
de la amorosa hoguera.
No es rico mas sí poderoso,
y atrevido de tal modo,
que atropella y rompe todo
lo que es más dificultoso.
No quiere usar de los medios
de ofrecer ni de rogar,
porque, en su mal, quiere usar
de otros más breves remedios.
Dice que la honestidad
de vuestra consorte es tanta,
que le admira y que le espanta
tanto como la beldad.
Por jamás le ha descubierto
su lascivo pensamiento;
que queda su atrevimiento,
ante su recato, muerto.
- ALGUACIL: ¿Es hombre que entra en mi casa?
- LUGO: Róndala, mas no entra en ella.

ALGUACIL: Quien casa con mujer bella,
de su honra se descasa,
si no lo remedia el cielo.

ANTONIA: [Aparte]
(¿Qué es lo que tratan los dos?
¿Si es de mí? ¡Válgame Dios,
de cuántos males recelo!)

LUGO: Digo, en fin, que es tal el fuego
que a este amante abrasa y fuerza,
que quiere usar de la fuerza
en cambio y lugar del ruego.
Robar quiere a vuestra esposa,
ayudado de otra gente
como yo, desta valiente,
atrevida y licenciosa.

De ayudarle he prometido,
con intento de avisaros;
que es fácil el repararlos,
estando así prevenido.

ALGUACIL: ¿Soy hombre yo de amenazas?
Tengo valor, ciño espada.

LUGO: No hay valor que pueda nada
contra las traidoras trazas.

ALGUACIL: Yo la pondré donde el viento
apenas pueda tocarla.

LUGO: En el recato se halla
buen fin del dudoso intento.
Retiradla, que la ausencia
hace, pasando los días,
volver las entrañas frías
que abrasaba la presencia;
y nunca en la poca edad
tiene firme asiento amor,
y siempre el mozo amador
huye la dificultad.

ALGUACIL: Aunque el aviso agradezco,
¿cómo tras nuestra porfía
me hacéis esta cortesía?

LUGO: En vuestra amistad me crezco.

ALGUACIL: El nombre saber quisiera
de quien me roba suspiros.

LUGO: ¿Nombre queréis?

ALGUACIL: ¡Eso os pido!

LUGO: De quién soy yo no se espera.

ALGUACIL: No lo tengáis en cuidado.

LUGO: Guardad, no sé si os conviene.
Este negocio no tiene
más de lo que os he contado.

ALGUACIL: Mi consorte es inocente,
libre pues queda del hecho.
Si yo he de ser satisfecho,
no cabe aquí el ser prudente.

LUGO: Es muy fuerte.

ALGUACIL: ¡Lo soy más!
Tengo no pequeña espada,
y manejando él la daga
hallará dificultad.

LUGO: Mirad vos, que es bien rijoso
ese atrevido mancebo.

ALGUACIL: ¡El nombre!

LUGO: Dároslo debo.
Tiene por nombre: Ganchoso.

ALGUACIL: Entre los dientes ya estaba
el alma para dejarme.
¿Con que el Ganchoso es él?
¡Ganchos en mí procuraba!
¡Mucho esfuerzo ha menester
quien, con traidora conciencia,
no se alborota en presencia
de aquel que quiere ofender!

LUGO: Y más si la ofensa es hecha
a un señor tan buen marido.

Vase el ALGUACIL.

ANTONIA: ¿El nublado ya se ha ido?
Hazme ahora satisfecha,
contándome qué querías
a mi esclavo y mi señor.

LUGO: Hanme hecho corredor
de no sé qué mercancías.
Díjele, si las quería,
que fuésemos luego a verlas.

ANTONIA: ¿De qué calidad son ellas?

LUGO: De la mayor cuantía;
que le importa, estoy pensando,
comprarlas, honor y hacienda.

ANTONIA: ¿Cómo haré yo que él entienda
esa importancia?

LUGO: Callando.
Calla y vete, y así harás
muy segura su ganancia.

ANTONIA: ¿Pues qué traza de importancia
en lo de gozarnos das?

LUGO: Ninguna que sea de gusto;
por hoy, a lo menos.

ANTONIA: Pues,
¿cuándo la darás, si es
que gustas de lo que gusto?

LUGO: Ya haré por verme contigo.
Vete en paz.

ANTONIA: Con ella queda,
y el amor contigo pueda
todo aquello que conmigo.

Vase ANTONIA.

LUGO: Como de rayo del cielo,
como en el mar de tormenta,
como de improviso afrenta
y terremoto del suelo;
como de fiera indignada,
del vulgo insolente y libre,
pediré a Dios que me libre
de mujer determinada.

Vase LUGO.

ESCENA 4

Una vez queda instalada, durante la transición musical, la proyección de Casa de Sandoval, entran el licenciado TELLO de Sandoval, amo de Cristóbal de Lugo, y MARÍA de Sandoval, esposa de aquel. El texto de esta escena, hasta la entrada del ALGUACIL, proviene del texto original de Miguel de Cervantes, asignado a los personajes alegóricos "Comedia" y "Curiosidad".

TELLO: María.

MARÍA: De Sandoval,
¿qué me quieres?

TELLO: Informarme.
¿Por qué en el teatro dejan
de usar sus antiguos trajes?:
del coturno en las tragedias,
del zueco en las manuales
comedias, y de la toga
en las que son principales;
¿cómo han reducido a tres
los cinco actos que sabes
que un tiempo les componían
ilustres, risueñas, graves;
ahora aquí representan,
y al mismo momento en Flandes;
truecan sin discurso alguno
tiempos, escenas, lugares?
Véole, y no le conozco;
dame de tal nuevas tales
que le vuelva a conocer,
pues que soy su amigo grande.

MARÍA: Los tiempos mudan las cosas.
¡Y perfeccionan las artes!

TELLO: Añadir a lo inventado
no es dificultad notable.

MARÍA: Bueno fue el pasados tiempos,
y en estos, si los mirares,
no es malo.

TELLO: ¿Aunque desdiga
de aquellos preceptos graves
que le dieron y dejaron
en sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,

y otros griegos que tú sabes?
¡Han matado todo dellos!

MARÍA: Han más bien guardado parte,
que así lo requiere el uso,
que no se sujet a al arte.

TELLO: Ya representan mil cosas,
no en relación, como era antes,
sino en hecho.

MARÍA: Así, es fuerza
que hayan de mudar lugares;
que, como acontecen hechos
en muy diferentes partes,
van allí donde acontecen.

TELLO: Disculpa del disparate...
¡Ya la comedia es un mapa,
donde no un dedo distante
verás a Londres y a Roma,
a Valladolid y a Gante!

MARÍA: Muy poco importa al oyente
que ya en un punto se pasen
desde Alemania a Guinea.

TELLO: ¿Sin del teatro mudarse?

Llaman a la puerta.

MARÍA: El pensamiento es ligero:
bien puedes acompañarle
con él doquiera que fuere.
Y ahora la puerta abren.

Entra el ALGUACIL.

TELLO: ¡Alguacil de Villanueva!
¿Qué le trae a questa parte?

ALGUACIL: La vida de un joven loco,
apasionado de Marte,
rufián en manos y lengua.

MARÍA: ¿Habláis de mi Cristóbal?

ALGUACIL: Hablo. He de relatar pérdidas
en trato y ganancia infame.

MARÍA: ¿Cómo pues un estudiante
de rezos penitenciales,
que el rosario ningún día
se le pasó sin rezarle,
puede hacer aquesos tratos?

TELLO: Ha de ser, aunque te enfade,
quiero saber la verdad,
que el alguacil nos relate.
¿Pasan de mocedades?

ALGUACIL: Es de modo
que, si no se remedia, a buen seguro
que ha de escandalizar [al] pueblo todo.
Como cristiano, a vuesa merced juro
que piensa y hace tales travesuras,
que nadie dél se tiene por seguro.

MARÍA: ¿Es ladrón?

ALGUACIL: No, por cierto.

MARÍA: ¿Quita a oscuras
las faldas en poblado?

ALGUACIL: No, tampoco.

TELLO: ¿Qué hace, pues?

ALGUACIL: Otras cien mil diabluras.
Esto de valentón le vuelve loco:
aquí riñe, allí hiere, allí se arroja,
y es en el trato airado el rey y el coco;
con una daga que le sirve de hoja,
y un broquel que pendiente trae al lado,
sale con lo que quiere o se le antoja.
Es de toda la hampa respetado,
averigua pendencias y las hace,
estafa, y es señor de lo guisado;
Por tres heridas de personas varias,
tres mandamientos traigo y no ejecuto,
y otros dos tiene el alguacil Pedro Arias.
Muchas veces he estado resoluto
de aventurarlo todo y de prenderle,
o ya a la clara, o ya con modo astuto;
pero, viendo que da en favorecerle
tanto vuesa merced, aun no me atrevo
a mirarle, tocarle ni ofenderle.

TELLO: Esa deuda conozco que la debo;
y la pagaré algún día,
y procuraré que Lugo
use de más cortesía,
o le seré yo verdugo,
por vida del alma mía.

MARÍA: ¡Que aqueste mozo nos engañe,
y que tan a suelta rienda
nuestro honor y su alma dañe!

TELLO: Pues yo haré, si no se enmienda,
que de mi favor se extrañe.

Aparece LUGO, suavemente iluminado por detrás de la primera gasa
y en la primera planta de la escenografía.

LUGO: Mis señores a esta hora
ya bien suelen madrugar.
Mirad si lo dije bien;
ya aquí. ¿Y el alguacil?

TELLO: Que, viéndose sin ayuda,
será posible que acuda
a la enmienda de su error,
que a la sombra del favor
crecen los vicios, sin duda.

LUGO: Hay sermón do no pensé.
Acábese presto, amén.

MARÍA: ¿De dónde venís, mancebo?

LUGO: ¿De dó tengo de venir?

TELLO: De matar y de herir,
que esto para vos no es nuevo.

LUGO: A nadie hiero ni mato.

ALGUACIL: Siete veces te han librado
de la cárcel.

LUGO: Ya es pasado
aquese, y tengo otro trato.

MARÍA: Sabemos del mandamiento
para prenderte en la plaza.

LUGO: Sí; mas ninguno amenaza
a que dé coces al viento:
que todas son liviandades
de mozo las que me culpan,
y a mí mismo me disculpan,
pues no llegan a maldades.
Ellas son cortar la cara
a un valentón arrogante,
una matracá picante,
aguda, graciosa y rara;
calcorrear diez pasteles
o cajas de diacitrón;
sustanciar una cuestión
entre dos jaques noveles;
Estas y otras cosas tales
hago por mi pasatiempo,
demás que rezó algún tiempo
los salmos penitenciales;
y, aunque peco de ordinario,
pienso, y ello será así,
dar buena cuenta de mí
por las de aqueste rosario.

TELLO: Dime, simple: ¿y tú no ves
que desa tu plata y cobre,
es dar en limosna al pobre
del puerco hurtado los pies?
Haces a Dios mil ofensas,
como dices, de ordinario.

MARÍA: ¿Y con rezar un rosario,
sin más, ir al cielo piensas?
Entra por un libro allí,
que está sobre aquella mesa.

TELLO: Dime: ¿qué manera es esa
de andar, que jamás la vi?
¿Hacia atrás? ¿Eres cangrejo?
Vuélvete. ¿Qué novedad
es esa?

LUGO: Es curiosidad
y cortesano consejo,
que no vuelva el buen criado
las espaldas al señor.

TELLO: Crianza de tal tenor
en ninguno la he notado.

- MARÍA: Vuelve, digo.
- LUGO: Ya me vuelvo,
que por esto el pasoatrás
daba.
- TELLO: En que eres Satanás
desde ahora me resuelvo.
¿Armado en casa? ¿Por suerte
tienes en ella enemigos?
Si tendrás, cual son testigos
los ministros de la muerte
que penden de tu pretina;
y en ellos has confirmado
que el mozo descaminado,
como tú, haciaatrás camina.
- MARÍA: Si, en lugar de libros, llevas
estas joyas que veo ahí,
por cierto que das de tí
grandes e ingeniosas pruebas.
- TELLO: ¡Bien responde la esperanza
en que engañados vivimos
al cuidado que tuvimos
de tu estudio y tu crianza!
¡Bien nos pagas, bien procuras
que tu humilde nacimiento
en ti cobre nuevo asiento,
menos bríos y venturas!
- MARÍA: En balde será avisarte,
por ejemplos que te den,
que nunca se avienen bien
Aristóteles y Marte;
y que está en los aranceles
de la discreción mejor
que no guardan un tenor
las súmulas y broqueles.
- LUGO: (*Al Alguacil:*) Demonio, ¿quién te ha traído
aquí?, ¿por qué me persigues,
si ningún fruto consigues
de tu intento malnacido?
- ALGUACIL: Fue consejo de un marido
que a un tal Ganchoso dio muerte.
Y arrepentido, me advierte
quien era en verdad herido.

Y así al morir, de tal suerte,
entre doloroso llanto
pudo decir sin quebranto
quién merecía la muerte.

Sale LUGO, a toda prisa.

TELLO: ¡Cristóbal!

MARÍA: ¡Vuelve en buenora!

ALGUACIL: Si me dejáis, al mancebo
os le pondré como nuevo.

TELLO: No, iré yo.

MARÍA: Marchad agora.

Sale TELLO tras Cristóbal. Poco después, marcha el ALGUACIL.

ESCENA 5

En transición musical se instala el título y textura proyectada de "Calle de las Harinas". Sobre esta proyección, se instalará una nueva proyección que ilustra sangre circulando y que irá subiendo en intensidad de color hasta el final del acto. Salen dos MÚSICOS con guitarras, y Cristóbal de LUGO con su broquel, daga de ganchos y bota de vino.

LUGO: Toquen, que esta es la casa, y seguro que llegue presto el bramo a los oídos de las ninfas, qué he dicho, jerezanas, cuyos milagros ya son en mi lengua bien cifrados con versos correntíos. A la jácara toquen, pues comienzo.

MÚSICO 1: ¿Quieres que les rompamos las ventanas antes de comenzar, para que atiendan?

LUGO: Acabada la música, andaremos aquestas estaciones. Vaya ahora el guitarresco son, y el aquelindo.

Tocan

MÚSICOS CON LUGO

Escuchad, las que vinisteis
de la jerezana tierra

a hacer en Sevilla guerra
en cueros, como valiente;
las que llaman su pariente
al gran Miramolín;
las que se precian de ruin,
como otras de generosas;
las que tienen cuatro cosas,
y aun cuatro mil, que son malas;
las que pasean sin alas
los aires en noche oscura;
las que tienen gran ventura
siendo amigas de un lacayo;
las que tienen papagayo
que siempre las llama “¡puta!”.

Asómase a la ventana un SASTRE medio desnudo con un paño de tocar y un candil, en la segunda planta de la escenografía y a través de la gasa.

SASTRE: ¿Están en sí, señores? ¿No dan cata
que no los oye nadie en esta casa?

MÚSICO 1: ¿Cómo así, tajamoco?

SASTRE: Que las dueñas
ha que están ya a la sombra cuatro días.

MÚSICO 2: Convaleciente, di: ¿cómo, a la sombra?

SASTRE: En la cárcel; sí.

LUGO: ¿Todas en la cárcel?
Pues, ¿por qué las llevaron?

SASTRE: Por amigas
de vida licenciosa.

MÚSICO 1: ¡Qué desaire!

LUGO: ¿Y quién se las llevó?

SASTRE: Aqueso mismo
que en Sevilla impone ley en contiendas.

MÚSICO 1: ¿El alguacil?

SASTRE: ¡El mismo!

MÚSICO 1: ¡Imposible!

MÚSICO 2: ¡Zabúllete, fantasma antojadiza!

MÚSICO 1: ¡Escóndete, podenco incomprensible!

SASTRE: Éntrome, ladroncitos en cuadrilla;
zabúllome, cernícalos rateros;
escóndome, corchetes a lo Caco.

MÚSICO 2: ¡Vive Dios, que es de humor el hideputa!

SASTRE: ¡No me creáis! Estén las manos quedas,
y anden las lenguas.

MÚSICO 1: ¿Quién te tira, sucio?

SASTRE: ¿Hay más? ¡Si no me abajo, cuál me paran!
¡Mancebitos, adiós!; que no soy pera,
que me han de derribar a terronazos.

[*Vase*]

MÚSICO 2: ¿Han visto los melindres del bellaco?

MÚSICO 1: No le tiran, y quéjase. Es un sastre
remendón muy donoso.

MÚSICO 2: ¿Qué haremos?

MÚSICO 1: Vamos a dar asalto al pastelero
que está aquí cerca.

MÚSICO 2: Vamos, que ya es hora
que esté haciendo pasteles.

Entra LOBILLA. Sube la intensidad de la proyección de sangre.

Lobilla, ¿qué buscáis vos?
¡Con sobresalto venís!
¿Qué respondéis?, ¿qué decís?

LOBILLA: Digo que me valga Dios;
digo que al so Lugo busco.

MÚSICO 1: Veisle ahí: dadle avisada.

LOBILLA: De cansada y de turbada,
en las palabras me ofusco.

LUGO: Sosiégate ya, Lobilla,
y dime lo que me quieres.

LOBILLA: Considerando quién eres,
mi alma se hace de arcilla
y espera de tu valor
que saldrás a rienda fija.

LUGO: Bien; ¿qué hay?

LOBILLA: ¡A Lagartija
le llevan preso, señor!

LUGO: ¿Mi amigo?

LOBILLA: Al mismo.

LUGO: ¿Por dónde
le llevan? ¡Dímelo, acaba!

LOBILLA: Poquito habrá que llegaba
junto a la puerta del conde
del Castellar.

MÚSICO 1: ¿Y por qué?

LOBILLA: Por pendencia, a lo que he oído;

LUGO: ¿Quien le lleva?

MÚSICO 2: ¿Lo has sabido?

LOBILLA: El alguacil. Bien lo sé.
Con un corchete, en peso
le llevan, como a un ladrón.
¡Quebrárate el corazón
si le vieras!

LUGO: ¡Bueno es eso!
Camina y guía, y espera
buen suceso deste caso,
si los alcanza mi paso.

LOBILLA: ¡Muera Villanueva!

LUGO: ¡Muera!

*Vanse LOBILLA y LUGO, alborotados.
Sube la intensidad, en transición musical, de la proyección de sangre.*

ESCENA 6

*Sale el ALGUACIL que suele, con CORCHETE 3,
que traen preso a LAGARTIJA. Lo azotan.*

LAGARTIJA: Soy de los Lagartijas de Antequera,
y tengo oficio honrado en la república,
y háseme de tratar de otra manera.

ALGUACIL: ¿Pues cómo? ¿Que he de hablarte por súplica?

LAGARTIJA: Es mal hecho y mal caso que se atreva
a un súbdito hacer afrenta pública.
Si a un buen siervo como yo vos se lleva
de aqueste modo, ¿qué hará a un mal hombre?
Por Dios, que anda muy mal, sor Villanueva;
mire que da ocasión a que se asombre
el que viere tratarme desta suerte.

ALGUACIL: Calla, y la calle con más prisa escombre.

Sale en este instante LUGO con LOBA.

LUGO: Todo viviente se tenga,
y suelten a Lagartija
para que connigo venga.
Que a mí él me regocija,
pese a que a vos no os convenga.
Ea, señor Villanueva,
dé de castigarme prueba,
como otras veces lo hace.

ALGUACIL: Señor Lugo, que me place.

MÚSICO 1: ¡Juro a mí que se le lleva!

LUGO: Sor buen Lagartija, vete
y entraos en San Salvador,
nada temas de este brete.

LAGARTIJA: Viva este Cid Campeador,
viva este bravo cadete.

ALGUACIL: Cristóbal, eche de ver
que no me quiero perder
y que le sirvo.

LUGO: Está bien;
yo lo miraré muy bien
cuando fuere menester.

Sube la intensidad de la proyección de sangre. Se instala en segundo piso, suavemente iluminado Tello de Sandoval rezando en un reclinatorio.

ALGUACIL: ¿Es daga aque se garrote,
señor de Lugo?

LUGO: Es un palo
que por martas lo señalo
para ablandar un cogote.
¿Y es puñal aque se vuestro?

ALGUACIL: Es una penca verduga que las espaldas arruga del maldiciente más diestro.

LUGO: Luego, ¿vais a castigar algún maldiciente?

ALGUACIL: Sí.

LUGO: Pues no pasemos de aquí,
que yo también he de dar
doce palos a un bellaco,
socarrón, traidor, y miente.

ALGUACIL: ¿Y lo decís abiertamente?
Daré destierro a este saco,
y haré en calzas y en jubón,
ya con el palo o sin él,
que confieses ser tú aquel
desmentido y socarrón.

Pelean. El ALGUACIL junto con el CORCHETE 3 derriban a LUGO, cuando le va a dar estoque, LAGARTIJA le clava una daga por detrás. Muere el ALGUACIL. CORCHETE, LAGARTIJA y LUGO vanse corriendo mientras gritan.

LUGO: Mal se ha negociado.

LAGARTIJA: Mal.

CORCHETE 3: Con sangre, con hierro y fuego.
De cólera venía ciego
y enfadado, ¡joíd tal!!

ESCENA 7

En transición musical se vuelve a instalar la textura de Casa de Sandoval. TELLO de Sandoval rezando y entra MARÍA de Sandoval con el rostro demudado.

MARÍA: Si ahora yo le hallase
en su aposento, ¡no habría
cosa de que más gustase!
Quizá a solas le diría
algo que le consolase.

TELLO: ¿Consolar a ese impío?
Dios me dé esfuerzo y brío
con que no mostrar amor
y castigar con rigor
aquel su infame albedrío.
Esta es mi casa, y la puerta,
como requiere mí afán,
permanecerá entreabierta
para que venga el rufián
a ver su esperanza muerta.

Entra LUGO.

MARÍA: ¿Qué pasa ahí?

TELLO: ¿Qué ruido
es ese? ¿Quién está ahí?

MARÍA: ¡Ay desdichada de mí!
¿Qué es lo que te ha sucedido?

LUGO: Pues, señora, preguntáis,
y mi confesión no es falsa:
Esta madrugada pasa
por matar a un alguacil.

TELLO: ¿Qué decís?

MARÍA: ¡Señor!

TELLO: ¿Qué es?
Proseguid vuestra razón.

LUGO: Nunca la errada intención
supo enderezar los pies.

TELLO: ¿Piedad venís a buscar?

LUGO: Sin merecerla.

- MARÍA: ¡Dolor!
- TELLO: Bastardo cobarde.
- LUGO: Amor
es quien me trae al hogar.
- TELLO: ¿Bien nos queréis?
- LUGO: No lo niego.
- TELLO: En vos no hallo parte buena,
el proceder os condena.
- LUGO: Siempre es solícito el ruego.
- TELLO: En otra parte buscad
materia que le apliquéis,
que en mi casa no hallaréis
otra cosa que verdad.
- MARÍA: Verdad es que eras travieso,
¿mas frío acuchillador?
- LUGO: Ahora apelo a vuestro amor,
soy asesino confeso.
No me llevéis tras de él,
si aquel alguacil he muerto,
yo me arrepiento y es cierto
de mi acerado broquel.
- TELLO: ¿Qué eres, mozo? ¿Barrabás?
¿Demonio? ¿Asesino cruel?
- LUGO: ¡No hubo otra cosa con él!
Era el mismo Satanás.
- TELLO: Hideputa, bravonel.
Con tus bravatas bizarras
te has entregado a las garras
de aquel infernal Luzbel.

TELLO abofetea el rostro de LUGO.

Honor del hampa has de ser.
No lo entiendes, no habrá paz

Vase con amargura TELLO.

LUGO: ¿Marchas? Bien. Aqueso haz,
que ya jamás me has de ver.

MARÍA: Ahora viéndote, acaso
mis desdichas son mayores.

LUGO: Ciegos sois, que aun sin amores
yo sabré guiar mi paso,
señora María.

MARÍA: No sé,
si no es rabia, lo que sea.

LUGO: Si es rabia, muy mal se emplea
en tal sujeto tal fe.

MARÍA: No hay parte tan escondida,
do no se sepa tu historia.
Para todos ya es notoria,
su honra queda perdida
por poner fin a ese hombre.

LUGO: ¿Hombre? Si él lo fuera, fuera
descanso mi angustia fiera.
Mas no tuvo más del nombre;
conmigo, a lo menos.

MARÍA: ¿Cómo?

LUGO: Esto, sin duda, es ansí;
su error lo hirió para mí
con las saetas de plomo.

MARÍA: No hay yelo que se te iguale.
¿Y tu arrepentirse tanto?

LUGO: Ahora me alegro.

MARÍA: ¡Yo me espanto!
¡Sin él tu vida no vale!
¿Más quieres ver? Te darán
caza los más arrogantes,
y a por ti irán los matantes,
sus dagas se afilarán.
Yo quiero vivir segura,
y nos niegas el respeto,
tenerte amor es aprieto,
y gana la desventura.

Parte hacia la Nueva España,
allí es donde debes ir,
el océano ese has de abrir
ya solo Dios te acompaña.

Vase MARÍA.

ESCENA 8

LUGO: Solo quedo, y quiero entrar
en cuentas conmigo a solas,
aunque lo impidan las olas
donde temo naufragar.
Áimas del purgatorio
de quien continua memoria
he tenido seáos notoria
mi angustia y mi mal notorio.
Yo hice voto si hoy perdía,
de irme a ser salteador
claro y manifiesto error
de una ciega fantasía.
Locura y atrevimiento
fue, el peor que se pensó,
puesto que nunca obligó
mal voto a su cumplimiento.
Pero, ¿dejaré por esto
de haber hecho una maldad,
adonde mi voluntad
echó de codicia el resto?
No, por cierto. Mas, pues
sé que contrario con contrario
se cura muy de ordinario,
contrario voto haré.
Y así, lo pienso de hacer
buscando mi nuevo destino;
veis aquí a un asesino
de contrario parecer.
No en los montes salteando
con mal cristiano decoro,
sino en el mundo, y sin oro
buscando la paz amando.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Sale LUGO. Se instala, durante la transición musical y en proyección, una textura en movimiento que narra en abstracto el viaje de LUGO y LAGARTIJA desde Sevilla, pasando por Toledo y llegando a México.

ACTO SEGUNDO

ESCENA 1

A continuación se instala la textura de "Monasterio en México". Salen LAGARTIJA como fray ANTONIO y LUGO, ahora padre CRUZ, en hábito de Santo Domingo. Ambos, vigilados por otro monje, limpian las escaleras del monasterio.

ANTONIO: ¡A Méjico te he seguido!,
y porque yo no me enfade
mejor será que en verdad,
desde Sevilla relate:
Toledo hízonos clérigos,
y agora, en Méjico, frailes.
Tan presto fue y parécheme
que vinimos por el aire.
El sobrenombe de Lugo
ahora es Cruz, que te llamen
fray Cristóbal de la Cruz
desde este punto adelante.
Y que miren, vuesas mercedes,
que si tú fray Cruz nos sales,
salgo yo en fray Antonio,
fraile también, con donaire.
Fui en el siglo Lagartija,
hoy en la religión soy sacre,
de cuyo vuelo se espera
que he de dar al cielo alcance.
Desde Sevilla a Méjico
se me asemeja a un instante,
mas no fue así, la primera
de los carromatos parte,
luego en los barcos fui libre,
mas en los puertos fui grave,
huyéndonos de la muerte:
vivir hoy milagro es grande.
Mal pudiera yo creer,
aun teniendo yo tal arte,
que hemos cambiado un Sevilla
por un Méjico sin llave.

CRUZ: Olvide ya esa ruindad
y entone más bajo el punto
de cortesía.

ANTONIO: En verdad,
padre mío, que barrunto
que tiene su caridad

de bronce el cuerpo, y de suerte,
que tarde ha de hallar la muerte
entrada para acaballe,
según da en ejercitalle
en rigor áspero y fuerte.

CRUZ: Es bestia la carne nuestra,
y, si rienda se le da,
tan desbocada se muestra,
que nadie la volverá
de la siniestra a la diestra.
Obró por nuestros sentidos
nuestra alma: así eran tupidos
y no sutiles; es fuerza
que a la carrera se tuerza
por donde van los perdidos.
La locura está en el vino,
y a la crápula y regalo
todo vicio le es vecino.

ANTONIO: Yo, en ayunando, estoy malo,
flojo, indevoto y mohínico.
De un otro talle y manera
me hallaba yo cuando era
en Sevilla tu mandil;
que hacen ingenio sutil
las blancas roscas de Utrera.
¡Oh uvas albarazadas,
que en el pago de Triana
por la noche sois cortadas,
y os halláis a la mañana
tan frescas y aljofaradas,
que no hay cosa más hermosa,
ni fruta que a la golosa
voluntad ansí despierte!
¡No espero verme en la suerte
que ya se pasó dichosa!

CRUZ: Ciento, fray Antonio amigo,
que esa consideración
es lazo que el enemigo
le pone a su perdición.
Y ahora rezad conmigo.

ANTONIO: Consideraba yo agora
dónde estará la señora
Librija, o la Salmerona,

cada cual, por su persona,
buena para pecadora.
¡Quién supiera de la hampa,
de Lobilla y de Terciado,
y del Patojo y su zampa!
¡Oh feliz siglo dorado,
tiempo alegre, bella estampa,
adonde la libertad
brindaba a la voluntad
del gusto más esquisito!

CRUZ: ¡Calle; de Dios sea bendito!

ANTONIO: Calle su paternidad
y déjeme, que con esto
evacuo un pésimo humor
que me es amargo y molesto.

CRUZ: Ciento que tengo temor,
por verle tan descompuesto,
que ha de apostatar un día,
que para los dos sería
noche de luto cubierta.

ANTONIO: No saldrá por esa puerta
jamás mi melencolía;
no me he de extender a más
que a quejarme y a sentir
a Sevilla no ver mas.

CRUZ: ¡Que tal te dejas decir,
fray Antonio! Loco estás;
que en el juicio empeora
quien tal recuerdo atesora
en su memoria vilmente.

ANTONIO: Rufián corriente y moliente
fueras yo en Sevilla ahora,
y tuviera en la dehesa
dos yeguas, y aun quizá tres,
diestras en el arte aviesa.

CRUZ: De que en esas cosas des,
sabe Dios lo que me pesa;
mas yo haré la penitencia
de tu rasgada conciencia.
Quédate, Antonio, y advierte
que de la vida a la muerte
hay muy poca diferencia:

quien vive bien, muere bien,
quien mal vive, muere mal.

ANTONIO: Digo, padre, que está bien;
pero no has de hacer caudal
de mí, ni enfado te den
mis palabras, que no son
nacidas del corazón,
que sola la lengua yacen.

ESCENA 2

Entra el PRIOR del monasterio por la planta de arriba de la escenografía.

PRIOR: *Deo gracias.*

CRUZ: Amén,

ANTONIO: Amén. Estas y todas naciones
con viva fe se las den.

CRUZ: Suplícole nos perdones,
señor, si no andamos bien,
faltando a la cortesía
que a tu presencia debía.

PRIOR: Padre fray Cristóbal mío,
esto toca en desvarío,
porque toca en demasía.

ANTONIO: Yo soy el que he de postrarme
a sus pies.

CRUZ: Por el oficio
que tengo, puedo excusarme
de haber dado poco indicio
de cortés en no humillarme;
y más a quien debo tanto,
que, a poder decir el cuánto,
fuera poco.

ANTONIO: Yo confieso
que quedo deudor en eso
a fuer de cualquier espanto.

PRIOR: Antonio, ¿tu testimonio
ha de caer en tal mengua,
que consienta que su lengua
se la gobierne el demonio?

ANTONIO: Ciento que pongo mancilla
ver que el demonio maldito
me trae las ollas de Egipto
en lo que dejé en Sevilla.

PRIOR: De las cosas ya pasadas,
mal hechas, se ha de acordar,
no para se deleitar,
sino para ser lloradas.

CRUZ: Solo da gracias a Dios,
que, por su santa clemencia,
nos dio de la penitencia
la estrecha tabla a los dos.

ANTONIO: Yo miraré lo que hablo
de aquí adelante más cuerdo,
pues conozco lo que pierdo,
y sé lo que gana el diablo.

Ruégoos, padre prior,
que si hay furia se mitigue,
y no al peso me castigue
de mi descuidado error.

CRUZ: Pues también yo le daré
bastantísima disculpa
de su yerro, y por su culpa
y las mías rezaré.

PRIOR: Cruz, quiero hablaros de un destino incierto,
que vive entre nosotros de manera,
como en las soledades del desierto.

Es dama que afloja en la carrera
del cielo, adonde, no ha de llegar presto,
corre desnuda y pobre, a la ligera.

Está, para sí, ganando un infierno,
la pena abrasa, era de edad florida,
recatada, mas todo ha descompuesto.

En efecto, señor, lo que ha hecho en vida
no la hace esperar muerte dichosa,
ni gloria que agora tenga medida.

Mi oración por su alma es ya dudosa.
Y obligo a vos: ¿Será vuestra obediencia,
presta, sencilla, humilde y hacendosa?

Os solicito emplear en penitencia,
el caso lo requiere, por lo inaudito,
vuestra fe en ella a modo de conciencia.

CRUZ: Por millares de lenguas seáis bendito.
En nombre del buen Dios: soy vuestro cebo
de esa alma, con mi fe a Luzbel marchito.
Huélgome tan solo, y en mi alma llevo

la duda de saber si mi persona
merece tal honor, a vos me debo.

PRIOR: Vuesa merced hoy lleva una corona
que ha de honrar este reino mientras ciña
el cerco azul el hijo de Latona.
Está entre aquestos bárbaros aún niña
la fe cristiana, y faltan los obreros
que cultiven aquí de Dios la viña,
y la leche mejor, y los aceros,
que a entrabbas les hará mayor provecho.
Es ejemplo de estos jornaleros,
que es menester que tenga sano el pecho
el médico que cura a lo divino,
para dejar al cielo satisfecho.

El padre CRUZ besa la mano al PRIOR, tras él fray ANTONIO. Vase el PRIOR.

ANTONIO: Aquesta compostura de continuo
trae nuestro padre prior, tan mansa y grave,
que alegre y triste sigue su camino:
que en él lo triste con lo alegre cabe.
Digo alegre y a la palabra espanta,
a su paso las flores se marchitan,
les roba la color, les da su estampa,
las nubes del gris cielo se avecinan.

CRUZ: Pecador eres si no ves en el prior,
en sus divinas obras escondida,
la mano de Dios, bondad y rigor
de los de aplicar en la nuestra vida.

Vase CRUZ.

ANTONIO: Aplicárelos si es tu gusto, ve.
Su doctrina, su voz, su estilo raro,
míos son como mía es mi fe.
¡Míos no!, que en aquesto yo reparo.

ESCENA 3

Durante la transición musical se instala la textura en proyección de Casa de Treviño. A continuación, a través de la gasa y en primera planta, con gritos de Ana de Treviño, se intuye una escena donde Ana de Treviño está siendo auscultada por el MÉDICO. Sale el padre fray ANTONIO con CRUZ acompañados por una de las criadas de Doña ANA de Treviño. Durante la escena, en creciente, aparecen los ruidos de tormenta que se aproximan a la casa.

ANTONIO: Pone gran lástima oílla:
que no hay razón de provecho

para enternecerle el pecho
ni de su error divertilla;
y, pues habemos venido
a tal hora y en tal momento
por remedio, es argumento
que es el daño muy crecido.

CRUZ: Que prefiera en este trance
lo cierto negar, extraño.
Es ese el mayor engaño
que al que teme le sucede.

ANTONIO: Fray Cristóbal de la Cruz,
estás en pie, y adivino
que has de hacer este camino,
y en dar a esta mujer luz.

CRUZ: Sí.

ANTONIO: Pues, su paternidad,
coja el cuidado que haya,
y cuanto pueda la raya
sube de tu caridad,
que anda muy listo el demonio
con un alma en esta hora.
¡Vámonos ya, padre!

CRUZ: Ahora
no repliques, fray Antonio.

ANTONIO: Vamos, que a mí se me alcanza
poco o nada, o me imagino
que he de ver en el camino
la no fantástica danza
de dentates.

CRUZ: Calle un poco,
si puede.

ANTONIO: Señor, tardamos,
y será bien que nos vamos.
Todos me tienen por loco.

ESCENA 4

*Salen Doña ANA Treviño y un MÉDICO en la primer planta.
Se proyecta "Todo esto es verdad de la historia. Miguel de Cervantes".*

MÉDICO: Vuesa merced sepa cierto
que aquesta su enfermedad

es de muy ruin calidad;
hablo en ella como experto.

Mí oficio obliga a decillo,
cause o no cause pasión:
que entre razón y razón
pondrá la Parca el cuchillo.
Hablando te ha de quedar
muerta; y aquesto te digo
como médico y amigo
que no te quiero engañar.

D^a ANA: Pues a mí no me parece
que estoy tan mala. ¿Qué es esto?
¿Cómo me anuncia tan presto
la muerte?

MÉDICO: El pulso me ofrece,
los ojos y la color,
esta verdad a la clara.

D^a ANA: En los ojos de mi cara
suele mirarse el Amor.

MÉDICO: Vuesa merced se confiese,
y quédense aparte burlas.

D^a ANA: Señor, si es que no te burlas,
recio mandamiento es ese.

MÉDICO: No me suelo yo burlar
en casos deste jaez.

D^a ANA: Su merced podrá esta vez,
si quisiere, perdonar,
que ni quiero confesarne,
ni hacer cosa que me diga.

MÉDICO: A más mi oficio me obliga,
y adiós.

D^a ANA: Él querrá ayudarme.

Vase el MÉDICO.

Pesado médico y necio,
siempre cansa y amohína.
Creó Dios la medicina,
sí, y ha de tenerse en precio.
La medicina yo alabo,

pero los médicos no,
porque ninguno llegó
con lo que es la ciencia al cabo.
Algo fatigada estoy.
Procuro desenfadarme,
esparcirme y alegrarme,
imposible a día de hoy.

Acceso de tos.

No se contenta mi calma;
nunca la he visto peor:
fuego es ya, no es resplandor
el que en su vista derrama.

D^a ANA: Llegue a esa silla. Es cierto,
que me tiene una porfía,
padre, helada, yerta y fría,
y que ella sola me ha muerto.

*Llega CRUZ hasta donde está Doña ANA de Treviño.
ANTONIO queda aparte, con miedo.*

No me canse ni se canse
en persuadirme otra cosa,
que no soy tan amorosa
que con lágrimas me amanse.
¡No hay misericordia alguna
que me valga en suelo o cielo!

CRUZ: Toda la verdad del cielo
a tu mentira repugna.
En vos no hay menoridad
de poder, y, si la hubiera,
tu menor parte pudiera
curar tu mayor maldad.

D^a ANA: Los atributos de Dios
son mortales; no os entiendo,
ni de entenderos pretendo.
¡Mataísmo, y cansáis vos!
¡Bien fuera que Dios ahora,
sin que en nada reparara,
sin más ni más, perdonara
a tan grande pecadora!
No hace cosa mal hecha,
¿y así, ha de hacer aquesta?

ANTONIO: ¿Hay locura como esta?

D^a ANA: No insistáis, que no aprovecha.

CRUZ: La mayor ofensa te haces
a vos que puedes hacer:
que, en no esperar y temer,
parece que te deshaces,
pues vas contra el atributo
que te obliga a ser consciente,
error el más insolente,
más sin razón y más bruto.

D^a ANA: En dos errores se ha visto,
Judas queriendo salvarse.

CRUZ: Y fue el mayor ahorcarse
que el haber vendido a Cristo.
Hácesle agravio, señora,
grande en no temerle a él.
Ved que es paloma sin hiel
con quien su pecado llora.

D^a ANA: En término tan estrecho,
y de tan fuerte rigor,
no es posible que el temor
sea a mi alma de provecho.
¿Que me queréis, padre, vos,
que tan hinchado llegáis?
¡Bien parece que ignoráis
cómo para mí no hay Dios!
No hay Dios, digo, y advertir
que con mortal discordia,
no hallaré misericordia
que me libre de sufrir.

CRUZ: El que en el palenque puesto
teme a su contrario yerra;
Y está el que animoso cierra
a la victoria dispuesto.
En el campo estáis, señora,
la guerra será esta tarde,
mirad que no os acobarde
el enemigo en tal hora.

D^a ANA: Sin armas, ¿cómo he de entrar
en el trance riguroso,
siendo el contrario mañoso
y duro de contrastar?

¡Que tan sin obras se halle
mi vida!

CRUZ: Si fe recobras,
yo haré que te sobren obras.

D^a ANA: ¿Hállanse, a dicha, en la calle?
¿Y las que he hecho hasta aquí,
no han sido sino de muerte?

CRUZ: Escucha un poco, y advierte
lo que ahora diré.

D^a ANA: Di.

CRUZ: Un rufán que ha estado
sin rito ni convicción,
con contrito corazón
ahora la regla ha guardado.
Tal es el caso, señora,
que incluso al que es de matar
Dios habrá de perdonar
y ha de hacerlo sin demora.
Por un delito de sangre
un rufián hubo de huir,
y hoy no puede concluir
sin que su culpa consagre.
Haciendo tal penitencia
que mil veces un prior
le manda tiembla el rigor
en virtud de la obediencia;
y él, con ayunos continuos,
con oración y humildad,
busca de riguridad
los más ásperos caminos.

D^a ANA: ¿Qué quiere de eso inferir,
padre?

CRUZ: Que digáis, señora,
si ese tal podrá, en la hora
angustiada del morir,
tener alguna esperanza
de salvarse.

D^a ANA: ¿Por qué no?
¡Ojalá tuviera yo

la menor parte que alcanza
de tales obras tal padre!
Pero no tengo ni aun una
que en esta angustia importuna
a mis esperanzas cuadre.
Dejadme, que, en conclusión,
tengo el alma de manera
que no quiero, aunque Dios quiera,
gozar de indulto y perdón.

CRUZ: Yo os daré todas las mías,
y tomaré el grave cargo
de las vuestras a mi cargo.

D^a ANA: Padre, dime: ¿desvarías?
¿Cómo se puede hacer eso?

CRUZ: Si te quieres perdonar,
los montes puede allanar
de caridad el exceso.
Pon tú el arrepentimiento
de tu parte, y verás luego
cómo en tus obras me entrego,
y tú en aquellas queuento.

*Hasta este momento los efectos de sonido de tormenta están soportados
por efectos de rayos en iluminación. Suena en este momento
la tormenta en su mayor nivel y se apagan las luces.*

Yo, fray Cristóbal de la Cruz, indigno
religioso y profeso en la sagrada
orden del patriarca felicísimo
Domingo santo, en esta forma digo:
Que al alma de doña Ana de Treviño,
que está presente, doy de buena gana
todas las buenas obras que yo he hecho
en caridad y en gracia, desde el punto
que dejé la carrera de la muerte
y entré en la de la vida; doyle todos
mis ayunos, mis lágrimas y azotes,
y el mérito santísimo de cuantas
misa he dicho, y asimismo doyle
mis oraciones todas y deseos,
que han tenido a mi Dios siempre por blanco;
y, en contracambio, tomo sus pecados,
por enormes que sean, y me obligo
de dar la cuenta de ellos en el alto
y eterno tribunal de Dios eterno,

y pagar los alcances y las penas
que merecieren sus pecados todos.

ANTONIO: Bueno quedas, padre Cruz, ahora,
hecho arista, el alma, seca y sola.

CRUZ: Padre, vaya al convento, y dé esta nueva
a nuestro padre, y ruéguele que haga
general oración.

ANTONIO: A mí me place.

CRUZ: Vamos do estemos solos.

D^a ANA: En buen hora.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA 1

Durante la transición musical se vuelve a instalar la textura de Monasterio, sin título, ANTONIO, un MONJE y el PRIOR atienden a CRUZ, enfermo de lepra, llagado.

ANTONIO: Apenas a la vista se te ofrece
doña Ana, padre Cruz, sin la fe pura
que a nuestras esperanzas fortalece,
cuando, con caridad firme y segura,
haces con ella un cambio de tal suerte,
que cambió su desgracia en gran ventura.

PRIOR: Su alma de las garras de la muerte
eterna arrebató, y volvió a la vida,
y de su pertinacia la divierte.

ANTONIO: Y, apenas por los aires transparentes
voló de la contrita pecadora
su daño a las regiones resplandecientes,
cuando en aquella misma feliz hora
se vio del padre Cruz cubierto el rostro
de lepra.

CRUZ: Adonde el asco mismo mora.
Volved los ojos, y veréis el monstruo,
que lo es en enfermedad y altas fiebres,
cuya fealdad a nadie le da en rostro.

- ANTONIO: Acompaña a lepra el sentido breve.
- CRUZ: No me puedo tener. ¡Dios sea bendito,
que así a pagar mi buen deseo empieza!
- PRIOR: En ti contemplo, padre Cruz, y leo
la paciencia de Job, y su presencia
en tu rostro deslustrado la veo.
- ANTONIO: Por la ajena malicia la inocencia
tuya salió, y pagó tan de contado,
cual lo muestra el rigor de esta dolencia.
- PRIOR: Obligásteos hoy, y habéis pagado
hoy.
- CRUZ: A lo menos, de pagar espero,
pues de mi voluntad quedé obligado.
- MONJE 1: ¡Ay, en la viña de Dios gran jornalero!
- PRIOR: ¡Ay, caridad, brasero y fragua ardiente!
- CRUZ: Antonio, hijo soy de un tabernero;
y si es que adulación no está presente,
y puede la humildad hacer su oficio,
cese la cortesía, aquí indecente.
- ANTONIO: Digo que me consagro desde agora
para limpiar tus llagas y curarte,
hasta el fin de mi vida o su mejora.
¡Solo en tu pecho caridad encierras!
- CRUZ: Padre, recógeme, que estoy cansado.

ESCENA 2

*Entran LUZBEL (TELLO DE SANDOVAL)
y VISIEL (MARÍA DE SANDOVAL), demonios.
Esta aparición se produce en proyección de ambos personajes.
CRUZ los ve, ANTONIO y el PRIOR no.*

- VISIEL/MARÍA: ¡Luzbel!
- LUZBEL/TELLO: ¡Visiel!, ¡ya no está en nuestras manos!
¡Que así la mies tan sazonada nuestra
la segase la hoz del tabernero!
- CRUZ: ¡Antonio!

ANTONIO: ¿Qué?

CRUZ: ¡Prior! ¿Veis lo que me niego?

LUZBEL/TELLO: ¡Y que tuviese Dios por bueno y justo tal cambalache! Estúvose la dama al pie de cuarenta años en sus vicios, desesperada de remedio alguno; llega estotro buen alma, y dale luego los tesoros de gracia que tenía adquiridos por Cristo y por sus obras. ¡Gentil razón, gentil guardar justicia, y gentil igualar de desiguales y contrapuestas prendas!

ANTONIO: Solo veo heridas que aquí te atan.

VISIEL/MARÍA: La caridad, facilitó el contrato, puesto que desigual. Desa manera, más rica queda el alma deste hijo, por haber dado cuanto bien tenía, y tomado el ajeno mal a cuestas.

CRUZ: ¿No hay demonios?

ANTONIO: Yo solo veo que no puedo en modo alguno apartarme si empiezas a observar en el infierno más allá de tus sentidos.

CRUZ: ¿Lo dudas?

LUZBEL/TELLO: ¿Sabes lo qué pienso, Visiel amigo? Que no es equivalente aquesta lepra que padece este fraile, a los tormentos que pasara doña Ana en la otra vida.

VISIEL/MARÍA: ¿No adviertes que ella puso de su parte grande arrepentimiento?

LUZBEL/TELLO: Fue a los fines de su malvada vida. ¿Qué será de él ahora que está seco e inútil para cosa de esta vida?

VISIEL/MARÍA: ¿Eso ignoras? ¿No sabes, Luzbel mío, que conocen los frailes su virtud y su talento,

su ingenio y su bondad, partes bastantes
para que le encomienden su gobierno?

LUZBEL/TELLO: ¿Luego, santo será? ¡Mucho tú dices!
Aqueso no verás.

VISIEL/MARÍA: Ya lo adivino.

LUZBEL/TELLO: Una visita le harán, que le demuestre,
que santo no ha de ser dándole un toque
con que siquiera a ira le provoque.

Vanse los demonios, desaparecen las proyecciones.

ESCENA 3

ANTONIO: Cristóbal Cruz, basta ya;
no veas más, si es posible.

CRUZ: ¡Qué confusión tan terrible!

ANTONIO: ¡Buena la postura está!
No se os pueden embotar
las febrerías de un loco.

PRIOR: Mirad que descanse un poco.
El llagar y el visionar
signos de santidad son.

ANTONIO: ¡Santidad! No es conveniente
que lo tratéis de demente.

PRIOR: Componéis la sinrazón.

CRUZ: Santo no he de ser, de inicio
no soy persona y sí costra,
y sería a vuestra costa
merecer tal ejercicio.
Solo me resta pasar
y morir bien en conciencia,
haciéndoos reverencia,
por el bien que así he de hallar.

ANTONIO: Ya no habléis más de morir
ni os deís a la fiebre, creo
que nada tenéis de feo
mientras os podáis cubrir.

Entra un FRAILE.

FRAILE: Mis padres, traigo noticias:
que han elegido prior.

PRIOR: Si no nos las da el Señor,
esperemos de ti albricias.
Mas, decidme: ¿quién salió?

FRAILE: El padre Cruz.

ANTONIO: ¿Es verdad?

FRAILE: ¡En loores de santidad!

ANTONIO: Aquí el cielo se cayó.

CRUZ: ¿Sobre unos hombros podridos
tan pesada carga han puesto?
No sé qué me diga desto.

ANTONIO: Cególes Dios los sentidos:
que si ellos te conocieran
como yo te he conocido,
tomaran otro partido,
y otro prior eligieran.

PRIOR: Ahora digo, fray Antonio,
que tiene, sin duda alguna,
en esa lengua importuna
entretejido el demonio.

ANTONIO: Si yo pudiera dar voto
a fe que no te le diera;
antes, a todos dijera
la vida que de hombre roto
en Sevilla y en Toledo
te vi hacer.

CRUZ: Tiempo te queda:
dila, amigo, porque pueda
escaparme de este miedo
que tengo de ser prelado,
cargo para mí indecente:
que, ¿a qué será suficiente
hombre que está tan llagado
y que ha sido un...?

ANTONIO: ¿Qué? ¿Rufián?
Que por Dios, y así me goce,

que le vi reñir con doce
de herir y de San Román.
Y en Toledo en las ventillas
con siete terciopeleros,
él hecho zaque, ellos cueros,
le vi de hacer maravillas

PRIOR: Yo vile hacer maravillas
contra el pecado y su furo.
Visto lo visto, bien puedo
ponerme ya de rodillas.

ANTONIO: ¡Que no bajéis a sus pies!
¡Subid, por Dios! ¡Levantaos!
¿Mi buen Cruz santificado?
¡Que no sabéis lo que hacéis!
Para un rufián ministerio
sí que le diera mi voto,
porque en él fuera el más doto
rufián de nuestro hemisferio.

PRIOR: Vuestra paternidad nos dé las manos,
y bendición con ellas.

CRUZ: Padre mío,
¿adónde a mí tal sumisión?

PRIOR: Mi padre
es ya nuestro prelado.

ANTONIO: ¡Buenos cascós
tienen, por vida mía, los que han hecho
semejante elección!

PRIOR: Que será santo ya,
yo no lo dudo.

CRUZ: Sea en mala hora.

ESCENA 4

CRUZ: (*Invoca al demonio.*) De la escuridá del suelo
te saqué a la luz del día,
Dios queriendo, y yo quería
llevarte a la luz del cielo.

Sale LUCIFER (ALGUACIL), colapsa la gasa de primer término, proyectado en el total de la superficie de la escenografía, en la segunda tela por detrás de la escenografía.

LUCIFER/ALGUACIL: Cambiador nuevo en el mundo,
por tu voluntad enfermo,
¿piensas que eres en el yermo
algún Macario segundo?
 ¿Piensas que se han de avenir
bien para siempre jamás,
con lo que es menos lo más,
la vida con el morir,
 soberbia con humildad,
diligencia con pereza,
la torpedad con limpieza,
la virtud con la maldad?
 Engáñaste; y es tan cierto
no avenirse lo que digo,
que puedes ser tú testigo
de esta verdad con que acierto.

CRUZ: ¿Qué quieres de eso inferir,
enemigo Satanás?

LUCIFER/ALGUACIL: Que es locura en la que das
dignísima de reír;
 que en el cielo ya no dan
puerta a que entren de rondón,
así como entró un ladrón,
que entre también un rufián.

CRUZ: Conmigo en balde te pones
a disputar; que yo sé
que, aunque te sobre en la fe,
me has de sobrar tú en razones.
 Dime a qué fue tu venida,
o vuélvete, y no hables más.

LUCIFER/ALGUACIL: Mi venida, cual verás,
es a quitarte la vida.

CRUZ: Si es que traes de Dios licencia,
fácil te será quitarla,
y más fácil será a mí dala
con prontísima obediencia.
 Si la traes, ¿por qué no pruebas
a ofenderme? Aunque recelo
que no has de tocarme a un pelo,
por muy mucho que te atrevas.
¿Qué bramas? ¿Quién te atormenta?
Pero espérate, adversario,
que ya creo adivinarlo:
mi cargo es tu cornamenta.

LUCIFER/ALGUACIL: ¿Santo serás?

CRUZ: Rufián.

LUCIFER/ALGUACIL: Quien dio en un palo
la vida, que fue muerte de la muerte,
de verme despojado del regalo
de mi primera aventajada suerte,
piensa que se alce con el cielo un malo,
un pecador blasfemo, y que se crea
salvar en un corto y breve instante
un ladrón que no tuvo semejante.

CRUZ: Por esto inclino la soberbia frente,
y quiero que mi angustia sea notoria
a tí y los tuyos, ruin, perversos trigos,
y de mi mal y mi rencor testigos.
Fui rufián, cual no lo fue ninguno,
por mi fealdad al mundo aborrecible,
estoy ya de partida para el cielo,
y humilde apresto el levantado vuelo.

LUCIFER/ALGUACIL: ¡Acudid y turbadle los sentidos,
y entibiad, si es posible, su esperanza!
¡Y de sus vanos pasos y perdidos
hacedle temerosa remembranza!
¡No llegue alegre voz a sus oídos
que prometa segura confianza
de haber cumplido con la deuda y cargo,
que por su caridad tomó de largo!

CRUZ: No será mi ida de provecho,
porque será de hacerte beneficio,
pues siempre que hasta a mí tú has venido
quedo yo victorioso y tú vencido.

LUCIFER/ALGUACIL: Mientras no arrojes el postrero aliento,
bien puedo esperar que en algo tuerza
el peso, puesto en duda el pensamiento;
que a veces puede mucho nuestra fuerza.

CRUZ: No cumpliré, alguacil, tu mandamiento:
que adonde hay más maldad, allí se esfuerza
más la bondad. Me voy. Calladamente.

*CRUZ muere. Se ilumina la sala mientras se conserva la luz de escenario.
Los ciudadanos aparecen en diferentes zonas del teatro
y mientras hablan van hacia el escenario.*

ESCENA 5

CIUDADANO 1: ¿Qué lleváis vos?

CIUDADANO 2: Un lienzo de sus llagas.

CIUDADANO 3: ¿Y vos?

CIUDADANO 4: De su capilla este pedazo,
que le precio y le tengo en más estima
que si hallara una mina.

CIUDADANO 5: Pues corramos
aprisa hacia el convento, no nos quiten
los frailes las reliquias.

CIUDADANO 3: ¡Bueno es eso!

CIUDADANO 2: ¡Antes daré la vida que volverlas!

CIUDADANO 6: Yo soy, sin duda, la desgracia misma;
no he podido topar de aqueste santo
siquiera con un hilo de su ropa.

CIUDADANO 1: Pues corred, que está toda la ciudad
en el convento.

CIUDADANO 4: Y apriesa se arrojan
sobre el cuerpo como alimañas.

Entra ANTONIO, también entre el publico.

ANTONIO: Todos callad, que quiero estar presente.
Acabó la carrera
de su cansada vida;
Dio al suelo los despojos.
Como santo hoy se le estima,
y lo fue en verdad
pues cargó con hierro ajeno.
Aún no puedo llegar siquiera al cuerpo,
para pagar en él lo que en el alma
no pude: tales armas le defienden.
Del cuerpo voló al cielo la alma santa,
mas los manchados paños
de tus sangrientas llagas,
se estiman más ahora
que delicados y olorosos lienzos.
Tu cuerpo, que ayer era

espectáculo horrendo,
según llagado estaba,
hoy es bruñida plata y cristal limpio.
Hagan su oficio, sores, y en la tierra
escondan a este rufián tan del cielo.
Si su rufiandad nuestro mal remedia,
aquí da fin felice esta comedia.

Canta el elenco completo la canción del principio de la obra mientras en iluminación y proyección, de atrás hacia delante, se pasan las memorias de iluminación y proyección de la obra completa, en el tiempo que dura esta canción.

Calla el que canta que aterra
oír hablar de la muerte,
que no hay tesoro de suerte
en tal espacio de tierra.
Muerte y vida me dan pena.
No sé qué remedio escoja.
Que si la vida me enoja,
tampoco la muerte es buena.
Con todo es mejor vivir,
que en los casos desiguales,
el mayor mal de los males,
se sabe que es el morir.
Muerte y vida me dan pena.
No sé qué remedio escoja.
Que si la vida me enoja,
tampoco la muerte es buena.

FIN DE LA COMEDIA